

Los riesgos de la deslegitimación sistémica



Rafael Simancas
Subdirector de TEMAS

La vigencia de las instituciones democráticas constituye la última barrera efectiva ante los intentos de instaurar la ley del más fuerte. Por ello, la gran mayoría de los “no más fuertes” han de cuidar, proteger y fortalecer las instituciones de la democracia, en interés propio, en defensa de las libertades propias, para asegurar el bienestar propio.

Por eso, defender la democracia consiste básicamente en defender el castillo de los derechos colectivos frente a las acometidas de quienes pretenden una sociedad libre de instituciones y leyes, al albur del dictado de aquellos que disponen del dinero, de la influencia o la fuerza bruta precisa para ejercer el poder no democrático. La institución democrática más decisiva a la hora de defender ese castillo de derechos colectivos es el Parlamento. Porque el Parlamento nace de la voluntad popular, mediante el voto libre de la ciudadanía, con la misión de fijar las reglas del juego de la convivencia, unas reglas justas.

Las deslegitimaciones en la historia

El castillo de los derechos colectivos no es invulnerable. De hecho, ha sido atacado, asaltado y destruido en numerosas ocasiones a lo largo de la historia.

La incipiente institucionalidad democrática de la primera Constitución española, que data de 1812, nada menos, fue destruida por quien estaba llamado a ser su primer valedor, el rey Fernando VII. A lo largo del siglo XIX, cada tímido intento por erigir instituciones y normas que defendieran los derechos de las mayorías fue aplastado por la fuerza bruta de los pronunciamientos militares, al servicio de los intereses de la aristocracia y el clero privilegiados.

La gran empresa republicana, la Constitución del 31, el parlamento democrático, el sufragio universal, los gobiernos del progreso y la justicia social que nacieron de aquel 14 de abril, fueron sometidos a sangre y fuego por la reacción derechista, con

ayuda de nazis alemanes y fascistas italianos.

Durante 40 años, cada mínimo intento por tomar aire y situar nuestro país entre las naciones que respetan la democracia popular y los derechos humanos, fue reprimido con el verdugo, la cárcel o el exilio.

Con la aprobación de la Constitución de 1978 recuperamos la institucionalidad democrática, pero no cesaron las intentonas de tumbarla, deteriorarla o hacerla inefectiva. Se trata siempre del mismo propósito antidemocrático, tan solo cambian estrategias y procedimientos.

Hoy ya no resulta viable destruir los parlamentos y sustituirlos por dictaduras, porque los intereses de los privilegiados dependen en mayor medida de lazos globales, incompatibles con el descrédito de un régimen basado en el burdo porrazo y tentetismo. Ahora, el asalto a las instituciones democráticas es algo más sutil, pero solo algo, no mucho. Se trata de deslegitimarlas a los ojos de la población, para obstaculizar o hacer inefectivas sus decisiones en favor de las mayorías.

Las nuevas deslegitimaciones

Los sitiadores de la democracia se nutren de las incertidumbres y los miedos de quienes se sienten arrumbados por las transformaciones aceleradas que tienen lugar a su alrededor, de la digitalización y la inteligencia artificial a la transición ecológica y la lucha contra el cambio climático, de la secularización al empoderamiento de la mujer...

Se valen del engaño al por mayor. En esto han cambiado poco. Señalan falsos culpables para encauzar los temores, la frustración y la ira de los desplazados por los cambios globales: los progresistas, los ecologistas, las feministas, los inmigrantes, los gays, los urbanitas...

Cada día, una dialéctica nueva, a cada cual más mendaz pero efectiva: los de aquí frente a los de fuera, los rurales frente a los urbanos, los defensores

de las tradiciones frente a las costumbres foráneas, el pueblo noble frente a las élites corrompidas...

Falsifican refugios morales para contraponer a la prefabricada perversión de la política, de los partidos, de los parlamentos... La nación frente al parlamento. La religión frente al parlamento. La familia frente al parlamento. El campo frente al parlamento.

Los resortes de estos enemigos de la democracia no han cambiado de concepto, tan solo de herramientas y sofisticación, al hilo de los nuevos tiempos. Siguen mintiendo, pero con las técnicas digitales. Siguen desinformando, pero con la amplificación de las redes. Siguen manipulando, pero a escala global.

La hipérbole, la tergiversación, el bulo, son armas de destrucción masiva sobre las instituciones democráticas que preservan nuestros derechos y libertades. Todos sabemos que una media verdad puede convertirse en una mentira entera. Un dato fuera de contexto puede comunicarse como una información deformada y falsa.

Con tal munición y la formidable potencia de fuego que proporciona la complicidad del dinero y algunos canales de comunicación, se dispara años tras años, día tras día, hora tras hora, contra las murallas del castillo de la democracia.

Apuntan al crédito de las instituciones, comenzando por el parlamento, los partidos, los sindicatos, las entidades progresistas... Ponen en su diana el prestigio de los protagonistas, los líderes, los representantes, los personajes públicos que gestionan las instituciones, porque destruyendo su reputación, se socava la confianza en el conjunto del sistema.

Y la desconfianza, el descreimiento, la desilusión, la desafección, la distancia, la resignación, la abstención de las mayorías... son dinamita para la democracia.

En busca del taumaturgo

Y cuando el castillo de la democracia va cayendo, aparece el taumaturgo, el salvador, el milagrero que superará las desavenencias intrínsecas a los parlamentos y proveerá de panes y peces para todos.

Solo que es mentira, también.

Solo que los taumaturgos, los salvadores y los milagrosos no existen. Existen los dictadores.

Las estrategias antidemocráticas para acceder al poder no tienen como propósito mejorar la

democracia, sino destruir la democracia, para ejercer un poder no democrático, al dictado de intereses minoritarios, parciales, privilegiados.

La ingenuidad de quienes se dicen "alejados de la política" o "al margen de la política" se convierten en cómplices de la mala intención de aquellos que hablan de "evitar la politización" en los debates públicos y en las decisiones relevantes para el interés general.

La política es inevitable, porque la política no es sino la organización del espacio público compartido. Política hay siempre, lo que cambia es el objetivo, la legitimación, los contenidos y las formas de la política. La política puede perseguir el interés general o el interés de unos pocos. Puede legitimarse con el voto popular y la representación democrática, o puede sustentarse en el poder del dinero o la fuerza bruta.

La política puede ser democrática o no democrática, pero política habrá siempre. Por eso, hemos de desconfiar de quienes llaman a "evitar la politización", porque, en realidad, buscan el ejercicio de la política por ellos solos.

La respuesta es más democracia

El peligro de la caída del castillo democrático no es el fin del parlamento, o la pérdida de poder para los partidos, o el desempleo de algunos políticos... Cuando se destruye la legitimidad de los parlamentos y cae la democracia, se desmorona el sistema que asegura los derechos y las libertades de la mayoría que no dispone de recursos propios suficientes para hacer valer sus intereses.

Por eso, la respuesta a una democracia con insuficiencias y problemas no es el populismo milagrero o la mentira ultra, sino una democracia mejorada.

- Plantar cara al avance de la extrema derecha.
- Denunciar y desenmascarar sus mentiras y sus bulos.
- Cuidar, defender, fortalecer las instituciones de la democracia.
- Promover reglas que eviten los bloqueos y hagan efectivas las instituciones.
- Hacer política desde el reconocimiento y el respeto al otro.
- Desarrollar agendas valientes para la prosperidad sin brechas, la justicia social, la preservación ambiental, la ampliación de derechos y la mejora de la convivencia. **TEMAS**